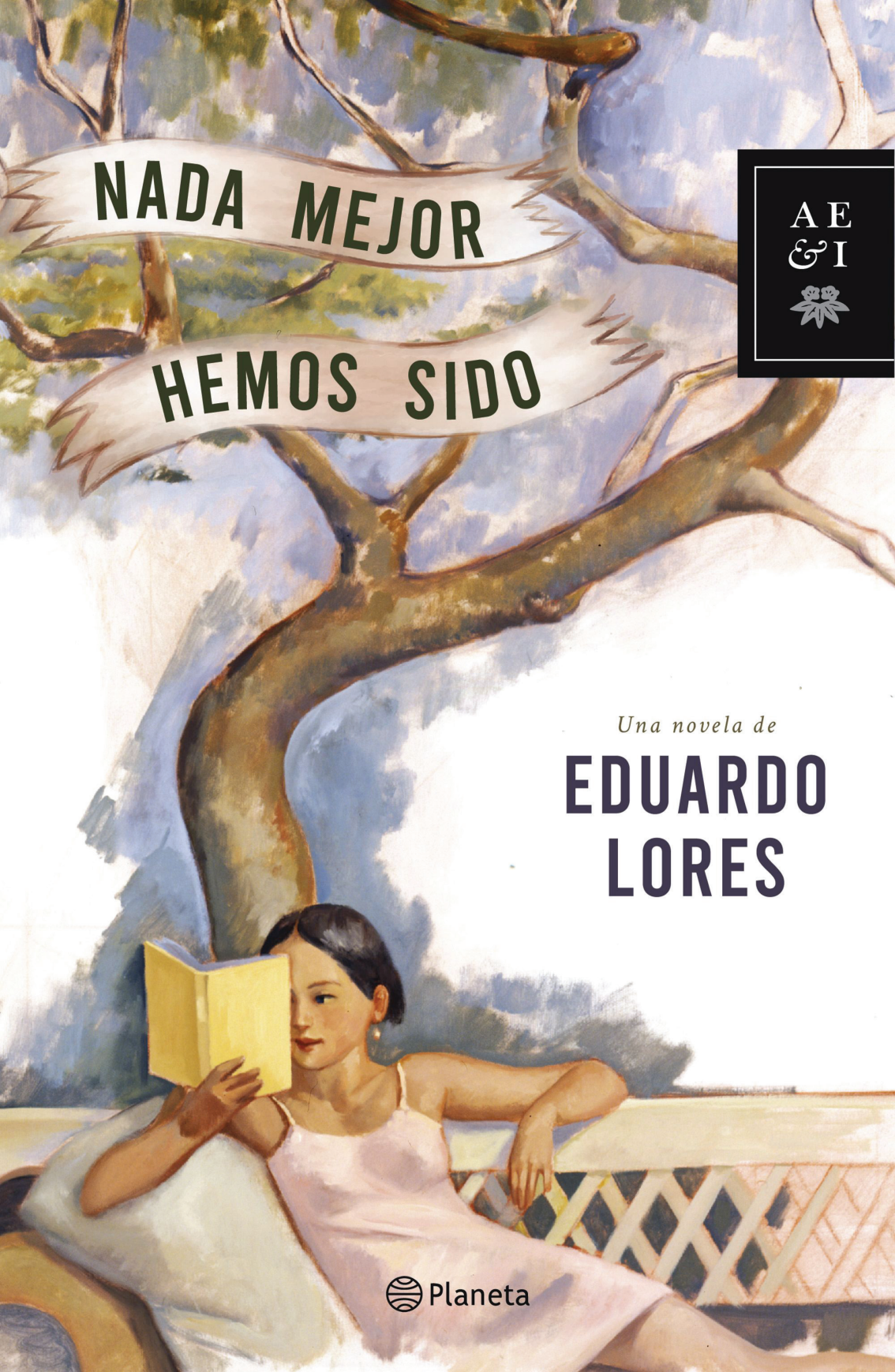


The background of the cover is a painting of a woman with dark hair, wearing a light pink dress, sitting on a white cushion and reading a yellow book. She is positioned in the lower half of the frame. Behind her is a large, gnarled tree with thick branches that spread across the upper half of the image. The sky is filled with soft, white and blue clouds. The overall style is painterly and evocative.

NADA MEJOR

HEMOS SIDO



Una novela de

**EDUARDO
LORES**

 **Planeta**

A E
& I

Nada mejor hemos sido

Autores Españoles e Iberoamericanos

Eduardo Lores



Nada mejor hemos sido

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Nada mejor hemos sido

© 2021, Eduardo Lores

Imagen de cubierta: «Lectora», de Fernando De La Jara

Foto de contraportada: Archivo de autor

Diseño de portada: Departamento de Diseño de Editorial Planeta Perú

Diagramación de interiores: Giancarlo Salinas Naiza

Corrección de estilo: Leila Samán

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar.

Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: septiembre 2021

Tiraje: 340 ejemplares

ISBN: 978-612-319-678-3

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100381

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2021-08925

Impreso en Quadgraphics

Av. Los Frutales N°. 344, Ate-Vitarte, Lima 3, Perú

Lima – Perú, septiembre 2021

*Yo amo el horror de ser virgen y quiero
Vivir entre el espanto que me dan mis cabellos
Para, en la noche, retraída en mi lecho, reptil
Inviolado, sentir en la carne inútil
El frío centelleo de tu pálida claridad,
Tú que te mueres, tú que ardes de castidad;
¡Noche blanca de témpanos y de nieve cruel!*

STÉPHANE MALLARMÉ

EN BLANCO

1

Veo a través de la ventana una paloma que se espulga las plumas, trepada sobre una rama cagada como palo de gallinero. No hay nada detrás de mis palabras, ninguna otra ventana, ni pájaros, ni granjas, solo vagas reminiscencias. El parque, los árboles, sus incontables hojas y matices de verde moviéndose con el viento, amarillentas caídas o azuladas punzantes. Detrás, un pino inmenso, triangular, sobresale apuntando a un cielo pálido que parece un telón de teatro o una pantalla de cine, en la que no recuerdo haber visto ni una sola película.

El nombre Cristina me resuena; lo asocio a la chica de la foto que está sobre mi mesa de noche. Ella me mira. No al lente de la cámara: a mí. Por la forma en que lo hace sospecho que me quiere, presumo que posó para mí.

Tiene el pelo oscuro, largo y suelto; acaricia a un caballo mientras me observa desde ese rancho que se pierde en la distancia.

El marco de plata desentona con la austeridad del mobiliario; siento que la foto me pertenece ella también. No tengo conciencia de poseer nada más en el mundo, todo se ha desvanecido.

El tiempo corre lentamente. No tengo prisa, no voy a ninguna parte, no sé qué hago aquí vestido con este pijama.

La cama es alta, grande, plegable; de la lámpara que está sobre la cabecera pende un botón para el timbre, en la mesa de noche hay un teléfono. Todo huele a limpio. Me acerco al cuarto de visita, donde veo una gran pantalla de televisión y una refrigeradora pequeña. En uno de los sillones está sentada una mujer vestida de blanco que al verme se levanta.

—Me llamo Irene Salomón. Soy psicóloga y estoy viendo su caso.

Me acerco al espejo. No logro reconocer los rasgos de ese rostro extraño que me mira fijamente.

—¿Qué tengo? —le pregunto.

—Le han diagnosticado, entre otros traumatismos, amnesia temporal. Tuvo un accidente automovilístico. Ha estado inconsciente varios días.

—¿Cuál es mi nombre?

—Alfredo Arango.

—¿Cómo fue el accidente?

—Chocaron contra un semáforo al salir de una recepción. Dicen que un ómnibus los embistió, y que, para esquivarlo, usted viró bruscamente y se estrelló contra el poste.

—¿Quién más iba en el auto?

—Cristina, su mujer.

Con un gesto, me indica que es la que aparece en la foto.

—¿Cómo está ella?

Se me acerca, me toma del brazo y me ayuda a recostarme en la cama. Lo veo venir.

—Murió. Lo siento mucho.

—No me sorprende. La fotografía me lo había anunciado.

Observo a la doctora. Hay algo en su mirada que me tranquiliza.

—¿Qué sabe de ella? —le pregunto.

—Era la menor de los Ardens, quienes viven en aquella gran casa. —Vuelve a señalar la foto.

—¿Yo la quería?

—Cómo saberlo. Se trata de una familia influyente, de mucho dinero. Opinan que ese era el principal atractivo para usted. Me refiero a lo que se comenta por ahí.

—Agradezco su sinceridad.

—La idea es exponer su pasado lo más clara y objetivamente posible. A más información, crecen las posibilidades de que algún recuerdo, por mínimo que sea, genere una reacción en cadena que logre recomponer la memoria perdida.

—¿Qué opinan de mí?

—Algunos dicen que es un hombre justo y probo; otros opinan que es un empresario inescrupuloso, esos que creen que el fin justifica los medios.

Me deja perplejo. ¿Quizás con algún propósito terapéutico? Se despide asegurándome que regresará para asistirme en el horario de visitas. Antes de salir me anuncia que vendrá mi suegro.

¿Habré sido un oportunista? Qué terrible no poder recordar, pienso contemplando el retrato. Un cuello largo y firme sostiene su mirada de amazona. Lloro en silencio sin saber por qué.

Mientras le doy vuelta a la fotografía que me sigue observando, pienso que debería hacer lo mismo con mi vida. Darles vuelta a las opiniones de los otros, antes de que comience a recibir información sobre mí de la gente que me conoce —que siempre será lo que piensa alguien que cree conocerme—; intentar explorar en mi inconsciente, no vaya a ser que de otra manera reconstruya una figura de mí mismo armada con los retazos de la visión de los demás, un remedo de sus prejuicios, un fante.

Si mi amnesia es temporal y se reconstruirá sola, como dice la doctora Salomón, debería dudar por principio de lo que me digan sobre mí. Debo asumir una actitud de sospecha para actuar, no como se supone que lo hizo el Alfredo Arango de las páginas sociales, sino como el que soy ahora.

En esta situación, en la que no me queda otra cosa que esperar el regreso de la memoria, puedo decidir reiniciar mi vida. Aprovechar una oportunidad que no se le presenta a cualquiera. Intentar desembarazarme de los compromisos contraídos a los que no les encuentre fundamento. Sin un pasado que la refrende, ¿qué obligación puede tener sentido?

Sería capaz de zanjar toda responsabilidad pendiente.

A la hora prevista llega la doctora con un hombre que me es presentado como mi suegro. Viste con soltura un abrigo de cachemira oscuro impregnado por el aroma de un habano.

—Si me permite, quisiera hablar con Alfredo un momento. A solas —remarca en tono imperativo. Irene se retira al pasillo. Ni bien cerrada la puerta, el empresario espeta con energía, pero sin levantar la voz—: ¿A quién crees que engañas con esto de la amnesia? ¿Qué estás tramando?

No logro reconocer las facciones de ese hombre de pelo canoso que me mira con arrebato. No sé cómo responder a sus acusaciones.

—Me ha indicado la doctora que usted es mi suegro y que tenemos negocios en común, pero lo cierto es que mi memoria está en blanco. Debo decirle que antes de que usted viniera decidí revisar los compromisos contraídos por mí en el pasado, para cortar con toda responsabilidad a la que no le encuentre sentido. No quiero ser el testaferro de alguien que desconozco, aunque sea yo mismo.

—Eso es imposible, Alfredo.

En el momento en que la psicóloga abre la puerta continúa en voz alta:

—Tú no puedes dejar de ser lo que eres, el gerente general de Ardens & Compañía. Dadas las circunstancias, me retiro, doctora —dice mirándola a los ojos.

Nos deja sorprendidos. Suponíamos que venía a condolerse por la pérdida de Cristina, a enterarse de cómo iba mi salud, pero, en vez de eso, me imputó algo que yo no alcanzo

a comprender. ¿Por qué tendría yo que fingir; qué pensaba que escondía?

Para calmarme, Irene me aconseja que no me apresure a juzgar su actitud. En ocasiones, ante un *shock* muy fuerte, la persona tiende a agredir a quien siente más cerca para descargar la tensión. Me cuenta sobre un experimento de laboratorio con ratones que permite observar la reacción de esos mamíferos ante las agresiones externas.

Un pericote en una jaula recibe fuertes descargas eléctricas desde el piso de metal; este salta cada vez que las siente; al cabo de un plazo determinado, el animal muere. Luego se ponen dos pericotes en una jaula separados por un vidrio; al recibir las descargas, no solo saltan, sino que se agreden a través del vidrio. Estos roedores viven mucho más tiempo que el anterior.

—Quién sabe —le digo—, es posible. Esperaré a conocerlo un poco más.

* * *

Pronto me darán de alta. La doctora se ha ofrecido a acompañarme en el proceso de recuperación de mi memoria. El internista que me está viendo se lo ha pedido.

Me siento aliviado al saberlo. Además de su evidente preocupación por mi caso, me atrae.